

EDITORIAL

La Medicina Veterinaria en Colombia y sus Avances

Por el Dr. **ALEJANDRO PATIÑO PATIÑO**

Jefe del Departamento de Fisiología Veterinaria.

Hacia el año de 1920 la enseñanza de la medicina veterinaria en los países cultos era, desde hacía mucho tiempo, una práctica académica de gran importancia. En Colombia sólo constituía una reconocida necesidad que la opinión nacional formulaba de una manera vaga e imprecisa.

Fue entonces cuando la acertada visión de hombres públicos y estadistas inició, con una reducida suma de dineros oficiales, una de las mayores empresas de la transformación económica de la república. Porque la creación de la Escuela Nacional de Medicina Veterinaria, encargada de tal enseñanza, fue antes que nada un magnífico negocio público que ha dejado halagadores resultados a la nación.

La reducida economía nacional de aquella época sólo empezaba a vislumbrar que en las tierras de Colombia, en sus suelos y recursos naturales, yacía ignorada una auténtica posibilidad de progreso y bienestar material. Se imponía el estudio de tales posibilidades. Era necesario que hombres desinteresados, dotados de conocimientos profesionales, realizaran los inventarios de las riquezas naturales, justipreciaran su magnitud y sig-

nificado económico, analizaran las exigencias y condiciones de su extensión y, trazando las normas básicas de su desarrollo, rindieran su honesto concurso, aconsejando técnica y precisamente al gobierno.

En el poco menos que inexplorado campo de la ganadería la creación de una riqueza pecuaria nacional, tropezaba con la absoluta falta de hombres idóneos que se encargaran de su estudio y desenvolvimiento técnicos. A la recién fundada Escuela de Medicina Veterinaria le fue encomendada así una complicada misión: debía formar una nueva profesión en Colombia y, además, debía suministrar las normas básicas para crear la industria pecuaria nacional.

Entonces tuvo lugar una ponderosa y todavía desconocida labor en la cual una profesión debió superarse a sí misma. En un plazo angustiosamente corto que todavía resiente nuestros programas de estudio, se formaron los primeros núcleos de médicos veterinarios, se capacitó a la docencia con novedosos y desconocidos métodos de enseñanza y diagnóstico, se levantaron las primeras estadísticas patológicas y de producción, se plantearon los primeros censos pecua-

rios y después de numerosas y prolijas investigaciones sobre muy diversas y heterogéneas materias afines, se pudieron delinear los primeros puntos de acción que tenían como único objetivo el desarrollo de una incipiente ganadería que contaba por único patrimonio, fuera de un insuficiente efectivo de cabezas (unos cuatro y medio millones), a la instintiva cooperación de hacendados, propietarios y campesinos que luchaban enconadamente, es cierto, pero en cambio, sin método u organización efectivas, contra una auténtica desvalorización de sus productos, o bien contra las múltiples acechanzas de un ambiente hostil, sembrado de plagas desconocidas, temibles infecciones, enfermedades y desventajas o empirismos sin cuento.

Para vencer tantas dificultades no bastaba a la joven profesión médico-veterinaria el importar su experiencia y conocimientos del extranjero. Ambos debía adquirirlos paulatina y auténticamente en la misma entraña de la tierra colombiana. Largas y penosas horas de faena rural, interminables sesiones en el rígido claustro o dentro de la silenciosa y severa pobreza instrumental de los laboratorios, desveladas vigiliadas de la biblioteca, largos viajes y muchas veces la aridez, la indiferencia, el fracaso y el cansancio fueron los desolados caminos que condujeron hacia el positivo avance científico de la profesión de hoy. La misma elevación de su nivel académico conseguida al transformar en Facultad la antigua Escuela de Medicina Veterinaria, al igual que su

lógica inclusión dentro de la Universidad Nacional, no son sino la resultante de muchos y verdaderos avances técnicos del tipo de los que permitieron la formación de sus laboratorios e investigadores, o el estudio, prevención y tratamiento de la casi totalidad de las enfermedades animales, a través de una labor etiológica, taxonómica y de identificación bacteriológica, virosa y parasitaria que haciendo honor a ésta o a cualquiera otra de las universidades del mundo, permitió explicar a los ganaderos la verdadera naturaleza de las plagas que flagelaban sus ganados y aseguró la implantación y generalización de los métodos de control, profilaxia y saneamiento en las entonces irredentas explotaciones ganaderas.

En el aspecto social los avances y realizaciones del bienestar común tales como la creación y vigencia de una legislación policiva y sanitaria que protegiera, dentro y fuera del país, los intereses ganaderos; la producción y control de sueros, vacunas y medicamentos veterinarios; la estructuración de las Asociaciones de Cría y Fomento; muchos de los valiosos servicios prestados por las Cajas de Crédito Agrario; la organización de ferias, mercados, exposiciones e hipódromos; el eficiente control en hatos y mataderos y diversos sitios de producción, de los alimentos humanos y una acertada intervención en el importantísimo campo de la higiene y salubridad públicas son, a la vez que otras tantas e insustituibles contribuciones de la profesión veterinaria, verdaderos e in-

negables avances de la medicina veterinaria en Colombia.

Finalmente, en el campo de la industria y riqueza pecuarias, la decisiva contribución de modernos zootecnistas y creadores de las tecnologías animales que, prestando su experto concurso como genetistas, economistas y criadores en la Dirección Técnica del Departamento de Ganadería, División de Extensión, Secretarías de Agricultura y Ganadería, instituciones de fomento pecuario, puestos de monta e inseminación, defensa de puertos y fronteras, y ferias o exposiciones pecuarias no son sino otros tantos ejemplos de la capacidad y avance técnico, con los que la antigua Escuela de Medicina Veteri-

naria viene respondiendo al segundo de sus compromisos contraídos para con la nación, a través de una variada y ya casi cincuentenaria labor que, comenzando por la eficaz reducción de una mortalidad ganadera, reconocida públicamente en el año de 1921 como superior al 55% de los efectivos pecuarios, ha hecho posible en nuestros días con el concurso y esfuerzo material de hacendados y ganaderos colombianos, el desenvolvimiento de una industria animal flojamente evaluada en 7.000 millones de pesos, y con un monto anual de producción no inferior a los 1.400 millones de pesos colombianos.

Alejandro Patiño P.